

Trigésimo Tercer Domingo del Tiempo Ordinario



Al acercarse el cierre del año litúrgico, las lecturas de la Iglesia nos invitan a ser pacientes y a confiar en la Providencia Divina. Las imágenes apocalípticas nos recuerdan que aun cuando todo parece incierto o desmoronándose, la mano de Dios obra para producir la redención. Para aquellos de nosotros que crecimos en hogares disfuncionales o en el desorden, este mensaje es profundamente personal.

Muchos de nosotros sabemos lo que se siente el vivir en un mundo que parecía inestable, en el que las relaciones o circunstancias cambiaban inesperadamente. Aún hoy, la incertidumbre puede detonar la ansiedad o un sentimiento de miedo. Sin embargo, la Escritura nos enseña que el final de algo muchas veces marca el inicio de algo mucho mayor. En la recuperación, hemos visto como esta verdad se revela en nuestras propias vidas: Dios crea paz de la confusión, y luz de las tinieblas.

Como lo hace un medicamento, estos pasajes están destinados a sanar, no a lastimar. Nos recuerdan que debemos quitar nuestra atención del miedo y dirigirla a la gracia. Mientras más nos enfocamos en lo que está roto, más abrumados nos sentimos. Pero cuando nos enfocamos en el amor y fidelidad de Dios, la esperanza echa raíces y crece.

La recomendación de San Pablo a los Tesalonicenses basa esta verdad en una simple disciplina cotidiana (2 Tesalonicenses 3:7-12):

Ya saben cómo deben vivir para imitar mi ejemplo, puesto que, cuando estuve entre ustedes, supe ganarme la vida y no dependí de nadie para comer; antes bien, de día y de noche trabajé hasta agotarme, para no serles gravoso. Y no porque no tuviera yo derecho a pedirles el sustento, sino para darles un ejemplo que imitar. Así, cuando estaba entre ustedes, les decía una y otra vez: "El que no quiera trabajar, que no coma". Y ahora vengo a saber que algunos de ustedes viven como holgazanes, sin hacer nada, y, además, entrometiéndose en todo. Les suplicamos a esos y les ordenamos, de parte del Señor Jesús, que se pongan a trabajar en paz para ganarse con sus propias manos la comida.

Las palabras de Pablo nos invitan a ocuparnos de nuestro trabajo propio, espiritual y emocionalmente. Como hijos adultos, en ocasiones caemos en viejas conductas familiares: intentar arreglar a los demás, controlar las situaciones o perdernos en el ajetreo. La recuperación nos pide hacer una pausa, hacer un balance y enfocarnos en nuestro crecimiento propio.

La paciencia y la perseverancia se convierten en actos de confianza. Al hacer lo que nos toca, por medio de la honestidad, la oración y el servicio, Dios hace la labor intensa de sanar nuestro pasado y dar nueva forma a nuestros corazones.

El cierre del año litúrgico refleja las temporadas espirituales de nuestras propias vidas. Las viejas costumbres pasan, inicia un nuevo crecimiento. Dios permanece fiel a pesar de los cambios, construyendo el cimiento de nuestra paz interior. Cuando nos mantenemos cimentados en Su gracia y conectados con la comunidad, ya no necesitamos temer a lo que nos espera.

Preguntas de Reflexión

- ¿De qué manera practicas la paciencia y la perseverancia en los momentos en que la vida se ve incierta o inestable?
- ¿Qué te ayuda a enfocarte en tu propio trabajo espiritual y emocional en lugar de regresar a las viejas conductas familiares?
- ¿Cómo te ha ayudado Dios a percibir los finales o transiciones como oportunidades para el crecimiento y renovación?

Bienvenido a Católicos en Recuperación

Estamos agradecidos de que seas parte de nuestra comunidad y te animamos a que sigas regresando

- ▽ Visita catholicinrecovery.com para ver una lista completa de reuniones disponibles, recursos de recuperación e información sobre cómo comenzar
- ▽ Te pedimos paciencia mientras traducimos más recursos y materiales al español
- ▽ Ten la seguridad de que tu participación y presencia en estas reuniones se mantendrán confidenciales.
- ▽ ¡Eres digno de libertad, una vida nueva y recuperación!

Lecturas Dominicales

Primera Lectura: Malaquías 3, 19-20a

Salmo Responsorial: Salmo 98, 5-6, 7-8, 9

Segunda Lectura: 2 Tesalonicenses 3, 7-12

Evangelio: Lucas 21, 5-19